ARCHIVOS
de historia del movimiento obrero y la izquierda

ISSN 2313-9749
ISSN en línea 2683-9601
Año XV, n° 29, pp.101-121
septiembre de 2026-febrero de 2027

Cambio de mundo, ¿cambio de rumbo? Los partidos comunistas de Chile y Argentina frente a la crisis de la Unión Soviética

Rolando Álvarez Vallejos y Victoria Bona

Universidad de Santiago de Chile.
Santiago, Chile
rolando.alvarez@usach.cl
Orcid: 0000-0003-3481-8153

Universidad Nacional de Rosario.
Rosario, Argentina
vickibonahistoria@gmail.com
Orcid: 0000-0003-4608-3270

Título: Changing World, Changing Course? The Communist Parties of Chile and Argentina in the Face of the Crisis in the Soviet Union

Resumen: Este artículo analiza la recepción de la *perestroika* en los partidos comunistas de Chile y Argentina. Sostenemos que el proceso soviético halló lugar en la disputa local sobre el significado de la renovación del comunismo, la democratización de los partidos, el estalinismo y la noción de socialismo. Argumentamos que, aunque la *perestroika* tuvo un importante impacto, los contextos nacionales y partidarios fueron claves para el procesamiento de las crisis de fines los 80 y principios de los 90 y, por lo tanto, que los resultados de esos debates que se suscitaron dependieron de los procesos locales.
Palabras clave: Comunismo latinoamericano – Perestroika – Democracia – Socialismo

DOI: https://doi.org/10.46688/ahmoi.n29.560

Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

Abstract: This article analyzes the reception of perestroika in the communist parties of Chile and Argentina. We argue that the Soviet process found its place in the local dispute over the meaning of the renewal of communism, the democratization of parties, Stalinism, and the notion of socialism. We contend that, although perestroika had a significant impact, national and party contexts were crucial for processing the crises of the late 1980s and early 1990s. Consequently, the outcomes of the debates that arose depended on local processes.
Keywords: Latin American Communism – Perestroika – Democracy – Socialism

Recepción: 4 de junio de 2026. **Aceptación:** 13 de julio de 2026

* * *

La historia del comunismo durante el siglo XX tiene como una de sus características fundantes el carácter internacional de su trayectoria. A pesar de las múltiples experiencias nacionales, el Movimiento Comunista Internacional (MCI) fue una cultura política global. El nacimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) promovió para los partidos comunistas (PC) de otras latitudes un modelo organizativo, una cosmovisión, un lenguaje y un horizonte común. El país de los soviets fue clave en aspectos tan concretos como la formación de militantes, el financiamiento y el refugio en el exilio. Por eso, la relevancia de la relación entre la URSS, el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y otros PC no debe ser soslayada (Pons, 2014). Sin embargo, debe entroncarse con el carácter diverso y de las experiencias nacionales de los comunismos y con los ritmos que asumieron en su despliegue. Las trayectorias locales contornearon las singularidades de organizaciones originadas por una matriz transnacional (Wolikow, 2000) que supuso, además de relaciones centro-satélite, otras entre PC de diferentes países.

Tras la disolución de la Komintern (1943), el MCI convocó a la participación de los PC en diferentes federaciones internacionales que propiciaban la coordinación con el centro soviético. En el contexto de las reformas de la URSS de los años 80, el comunismo aun conformaba "un grupo transnacional de ideas" (Di Palma, 2019) con conexiones concretas. Por lo tanto, el proceso soviético conocido bajo el nombre de *perestroika* constituye una etapa histórica propicia para evaluar cómo se entrelazaron lo mundial, lo regional y lo local en la vida de los PC. Iniciado en 1985, en el marco de una crisis estructural del modelo, las reformas marcaron un punto de no retorno dentro de la trayectoria del comunismo en el siglo XX. Si bien su origen respondió a problemáticas de la URSS, sus resultados fueron dramáticamente globales. En marzo de 1985 Mijail Gorbachov, el integrante más joven del politburó, asumió la jefatura del PCUS y rápidamente se abocó a desarrollar un proceso de reformas. Al año siguiente, durante el XXVII Congreso del partido,

lanzó las consignas que simbolizaron su mandato: *perestroika* (reestructuración o reforma radical) y *glasnost* (transparencia y apertura). Su meta era hacer menos burocrático el régimen de gobierno, enfrentar los apremios financieros y reducir los desbalances del comercio exterior (Di Palma, 2019), acompañando estas reformas económicas con una liberalización de la esfera pública (Eley, 2002).

Los resultados de aquel proceso han sido evaluados entre quienes enfatizan los aspectos estructurales del sistema soviético como factor explicativo de su crisis terminal y quienes responsabilizan del fracaso principalmente al liderazgo de Gorbachov (Kotkin, 2001; Zubok, 2008; Priestland, 2010). Otros han destacado la importancia de su política exterior, que buscaba liberar recursos para destinarlos a la alicaída economía local, y lo convertiría en el sepulturero de la concepción del comunismo como un movimiento internacional (Pons, 2014).

En cuanto al impacto de la política de Gorbachov en los PC, se han examinado las reacciones y consecuencias en los casos europeos y sólo marginalmente se han atendido los latinoamericanos. En el caso de los países de Europa Occidental, los comunismos reaccionaron desde el entusiasta apoyo –como el partido italiano (Agosti, 2019)–, hasta el rechazo e incomprensión –como el francés (Andolffato, 2019)–. Más allá de las diferentes evaluaciones, en ningún caso pudieron evitar los resultados negativos del colapso de la URSS. Por su parte, el partido español, si bien se vio influido por la *perestroika*, atravesaba un proceso de crisis y cambios anteriores a 1985 (Bernecker, 2019). Para América Latina, solo se ha constatado la importancia de los factores internacionales en el proceso de crisis de los comunismos a fines de la década de 1980 sin profundizar en los procesos de recepción de la *perestroika* (Rivera, 2008; Riquelme, 2009; Casola, 2019; Bona y López, 2022; Álvarez, 2024).

Dentro de este marco general, el presente artículo examina la recepción y las consecuencias que tuvo la *perestroika* en los partidos de Chile y Argentina (PCCh y PCA). Postulamos que ese proceso tuvo un importante efecto, pero que fueron claves los contextos nacionales para el procesamiento de las crisis que se desencadenaron en ambos PC. Sostenemos que la recepción devino en una disputa sobre el significado local de la renovación del comunismo, la democratización del partido, el estalinismo y la noción de socialismo; aspectos que explícitamente impulsaba la *perestroika* que se combinaron con las transiciones democráticas conosureñas. Consideramos que los resultados de este debate no estuvieron definidos de antemano y dependieron de los procesos locales. En el caso del PCA, atravesaba una crisis interna luego de que en 1986 llevara adelante una transformación radical de su línea política en lo que se llamó *"el viraje"*. Allí, la recepción conformó los argumentos de los debates sobre los cambios que debía hacer el propio partido y

desembocó en una importante diáspora entre 1989 y 1991 que concluyó en un declive político significativo. Por su parte, en el PCCh, que luchaba en clandestinidad, la recepción de la *perestroika* fue un factor para el debate interno recién desde 1989, con el proceso de cambio de régimen en el país y la crisis interna del partido. En este caso, la resolución de la crisis dejó los gérmenes políticos e ideológicos de un nuevo comienzo del comunismo.

Con una perspectiva metodológica comparativa, el presente artículo se organiza sobre la base de las transformaciones del PCA y el PCCh en tres momentos. En el primer apartado, indagamos en la recepción automática de las transformaciones de la URSS; en el segundo, observamos la incorporación de los debates soviéticos en los pliegues de las dinámicas locales y sus diferentes traducciones a las crisis partidarias y situaciones nacionales. Por último, reconstruimos cómo el derrumbe de la URSS impactó en las dinámicas organizativas y las discusiones políticas de ambos PC condicionando sus futuros.

Noticias de renovación: la primera recepción de la *perestroika* en el PCCh y el PCA

Hacia mediados de la década de 1980, tanto el PCCh como el PCA tenían una larga tradición de defensa de la política exterior soviética y de los procesos de cambios internos que desarrolló a lo largo del siglo. Luis Corvalán, histórico secretario general definió al PCCh como una organización que se declaraba como "sovietincha" (Labarca, 1972, p. 149). Por su parte, era un chascarrillo popular de la izquierda argentina que, cuando llovía en Moscú, Victorio Codovilla, uno de los más importantes dirigentes del PCA, abría su paraguas. Estas fórmulas expresaban que, a lo largo de sus trayectorias, esos partidos respaldaron de manera acrítica los giros provenientes de la URSS.

Por eso, cuando se conoció que Gorbachov encabezaría un proceso de autocrítica y reestructuración del sistema soviético, la noticia no agitó las aguas internas de los PC trasandinos y las novedades fueron recibidas con beneplácito, como era tradición. En el primer semestre de 1986 en Chile se publicó una edición clandestina del informe del XXVII Congreso del PCUS, que echó las bases de la *perestroika* en la URSS. El texto contenía una breve editorial, en la que se respaldaba férreamente el llamado "a no apegarse a lo viejo".[1]

Entre los años 1987 y 1988, la prensa partidaria chilena publicó numerosas notas sobre el proceso encabezado por Gorbachov. Estas se

1. "Editorial", *Principios*, n° 37, enero-marzo de 1986, p. 4.

caracterizaban por su mirada idealizada de la URSS y un balance siempre positivo.[2] Asimismo, realzaban la importancia de la democratización de la sociedad y el desarrollo de una "nueva mentalidad" necesaria para hacer frente a los desafíos de la sociedad soviética.[3] Otro planteamiento recurrente era que la *perestroika* significaba "más socialismo y más democracia" y un retorno a la senda de Lenin.[4] Por eso, hasta fines de 1988, primó en el PCCh una recepción mecánica de la *perestroika*, recibida con entusiasmo y apoyada tal y como se había hecho antaño con otros procesos de la URSS. Por lo tanto, las transformaciones de Gorbachov eran vistas con simpatía, pero como un fenómeno externo que no repercutía en la vida del partido chileno. Lo que ocurría en el país de los soviets no era visualizado como una crisis o cuestionamiento de la ideología marxista-leninista. Así, como en episodios anteriores, el PCCh cumplía con el rito de apegarse públicamente a la ortodoxia pro-soviética, manteniendo una autonomía relativa en su quehacer político (Alvarez, 2020).

Diversos dirigentes nacionales y regionales del partido viajaron a cursos políticos a la URSS durante estos años y pudieron constatar la profundidad de las dificultades económicas y los cada vez más profundos cuestionamientos a la otrora cuasi-infalible dirigencia soviética. Sin embargo, hasta fines de 1988, el PCCh estaba jugado a fondo por intentar derrocar a Augusto Pinochet. Se evaluaba que el dictador no reconocería la voluntad popular en el plebiscito que se realizaría en octubre de 1988, en el que se decidiría su continuidad o no en el poder. Consumado el fraude, el PCCh consideraba que se generarían las condiciones para provocar un "levantamiento democrático" de corte insurreccional que derribaría a Pinochet del poder. Por ello, la preocupación central de los comunistas chilenos eran los acontecimientos de Chile.

La derrota de Pinochet en el plebiscito de 1988 decretó el fin de la esperanza comunista de evitar un retorno pactado a la democracia. El inicio de un nuevo ciclo político, marcado por el triunfo de la transición negociada a la democracia en Chile, gatilló el inicio de una crisis de la línea política del PCCh que había apostado por el derrocamiento del régimen. Recién en ese momento, entre fines de 1988 y comienzos de 1989, la *perestroik*a dejó de ser un acontecimiento lejano, convirtién-

---

2. "Fructífera reestructuración económica en la U. Soviética", *El Siglo*, edición especial, noviembre de 1987, pp. 1 y 2, y *Extra El Siglo,* "La perestroika", noviembre de 1988, p. 5.

3. Orlando Millas, "El carácter revolucionario del 70° aniversario del Gran Octubre", *Principios*, n° 51, primer semestre de 1988, pp. 54-77.

4. "La perestroika y la revolución", *El Siglo*, n° 7666, primera quincena de marzo de 1988, p. 20.

dose en uno de los ejes del debate interno que agitó sus aguas entre 1989 y 1990.

Cuando las novedades de la URSS tocaron las puertas del PCA, el contexto era radicalmente distinto al chileno. El año 1985 era un momento bisagra en la política partidaria que había depositado en Raúl Alfonsín (el presidente democráticamente electo luego de la dictadura) ciertas expectativas. Tras el anuncio de un plan de ajuste que priorizaba la estabilidad monetaria y macroeconómica por sobre la redistribución, la línea del "apoyo crítico" que había sostenido el PCA se desvaneció. Las transformaciones que desde el final de la dictadura (Bona, 2024a) venían realizándose en el partido y que se consolidarían en el XVI Congreso de 1986 se expresaban en un inédito viraje en la política de alianzas y ciertos elementos de radicalización. Si a lo largo de su historia y hasta 1983 el PCA había buscado aliarse al peronismo y el radicalismo, para 1985 desarrolló una autocrítica al "seguidismo" a los partidos burgueses que había desalentado alianzas con la izquierda (Bona, 2024b; Bona y López, 2020). La nueva línea reconocía que el "ordeno y mando" había suplantado la democracia interna. El viraje tuvo entre sus detractores a los sectores más vetustos del partido primero y, con su estabilización, a sectores más radicalizados que apostaban a profundizar aún más las transformaciones.

El PCA realizó una presentación sobre la inaugural *"Era Gorbachov"* recién en septiembre de 1985: optó por realizar referencias solapadas a los anuncios de las transformaciones y omitió que ellas suponían una crítica profunda al desarrollo de la experiencia soviética. Las posiciones apelaron a considerar la autocrítica como un mandato del marxismo leninismo que buscaba ajustar el programa al proceso histórico objetivo, es decir, que el aceleramiento de la economía requería el perfeccionamiento de la planificación y administración. En el primer momento, el PCA sólo reconoció cambios contundentes en cuanto a la ampliación de la democracia interna, un asunto que estaba emparentado con los objetivos de los cambios locales.

Al momento del XXVII Congreso del PCUS, el PCA envió una delegación a Moscú. Como el nuevo programa soviético tenía una línea de fortalecimiento de las relaciones con los países emergentes y no alineados, la comitiva opinaba que el Congreso iba a renovar "nuestra convicción de que la lucha por la paz y la que encaramos por la democracia y la liberación en América Latina, no se oponen entre sí ni se suplantan [con el enfoque del PCUS]".[5] Por lo tanto, las reformas resonaban positivamente porque, más allá de lo que en efecto pasara en la URSS, para el PCA aquel país funcionaba como faro de su propio proyecto político.

5. "El pueblo soviético hacia nuevos rumbos", *Qué pasa*, nº 259, 26 de febrero de 1986.

De ese modo, celebraban que la autocrítica soviética demostraba que el socialismo seguía siendo sinónimo de progreso y la URSS su mejor representante.

En este sentido, como su par chileno, el PCA acomodaba las cosas a su propia tradición y, en este primer momento, los cambios fueron reseñados como mera formalidad autocrítica. En el caso argentino, las tesis incorporaron postulados de Gorbachov: "mirar los errores de frente"[6] y abandonar el automatismo al interior del partido. Solo después del XVI Congreso el PCA reconoció que las medidas tomadas en la URSS se impulsaban tras una "cruda exposición de problemas y defectos"[7] y se posicionó públicamente a favor de las transformaciones en torno a la política de cuadros, la participación de comunistas y no comunistas en órganos dirigentes del Estado, la democracia socialista y las políticas de reforma en la sociedad. Sin embargo, no se pronunció sobre la apertura hacia una economía mixta (13 de enero 1987) ni sobre la actividad laboral individual (ley aprobada el 21 de noviembre de 1986) asumiendo las transformaciones aun de modo parcial.

El segundo viaje de la dirección del PCA a Moscú fue entre el 27 y el 28 de enero de 1987 con el propósito de discutir sobre la situación de América Latina.[8] En la entrevista de Athos Fava –Secretario General del PCA– con Gorbachov se celebró que la propuesta de desterrar al oportunismo había sido una iniciativa cupular tanto en uno como otro partido.[9] Fue después de ese encuentro que el discurso público del PCA reconoció que la crisis de la URSS era profunda y que cambios del mismo tenor podían resolverla. Por ese motivo, a partir del año 1987 el postulado de "más democracia y más socialismo" sirvió como legitimador de las discusiones internas.

La crítica no se limitó a las dinámicas internas de los PC: también se vinculaba con el modo en que los comunismos se relacionaban entre sí, pues las reformas soviéticas trajeron la disolución efectiva de una forma de internacionalización que ahora se consideraba autoritaria. La propuesta de autonomía de los PC y la cooperación en pie de igualdad (de la que el comunismo italiano era principal impulsor) fue limitada para los partidos que en Chile y Argentina seguían asumiendo la línea del PCUS como mandato y buscando emparentarse con aquella.

---

6. "El XXVII Congreso y nuestro debate", *Qué pasa,* nº 268, 30 de abril de 1986.

7. "Avanzar con toda la fuerza que nos da el socialismo", *Qué pasa,* nº 307, 4 de febrero de 1987.

8. En este punto, la prensa comunista se comportaba de igual modo que la TASS y también el *Pravda* (donde la reunión fue nota de tapa). Asimismo *Vremia*, el principal programa de noticias de la URSS, le dedicó 10 minutos televisivos a ese tema.

9. "No perder el ideal revolucionario", *Qué pasa,* nº 312, 11 de marzo de 1987.

Paradójicamente, en este primer momento de la *perestroika*, tanto en el PCCh como en el PCA, la crítica al modelo soviético supuso la recepción automatizada de los postulados del centro y no una ruptura con la forma que asumía esa relación. Es decir, en vez de asumir el llamado a "pensar con cabeza" propia su concepción del socialismo, se reproducía el seguidismo soviético.

Fuego cruzado: el debate en torno a la *perestroika* en el marco de las crisis de los PC

La recepción más activa de la *perestroika* se produjo de la mano de las crisis internas de los PC. Ambos partidos asumieron la crítica activa con temporalidades diferentes pero emparentadas lógicas de apropiación: si en el caso del PCCh esta se desarrolló con la crisis de 1990, en el del PCA nutrió la discusión interna emparentando el viraje argentino con las transformaciones soviéticas desde 1987. En el caso del PCA, fue la primera vez que se desarrolló una crítica al estalinismo: el partido sostenía que se había convertido a la URSS en una fe religiosa y que era necesario revisar las lógicas orgánicas y políticas. En esa línea y de manera paralela a su propia transformación, el PCA reconoció más tempranamente que el PCCh que la crisis de la URSS era profunda y que las transformaciones se alineaban con nuevos tiempos.

La dirección del PCA entendía que las posiciones recelosas del viraje local podrían emparentarse con un cuestionamiento a la *perestroika*; rápidamente estableció una línea divisoria entre sectores conservadores y los "verdaderamente revolucionarios". Aquellos, señalados como parte de la vieja política, eran acusados de detractores de la renovación en ambas latitudes por interpretar que se estaba "tirando la historia de la URSS por la borda".[10] Fue Rodolfo Nadra quien se ocupó de presentar abiertamente la analogía entre el viraje del comunismo argentino y el soviético. El dirigente había vivido tres años en la URSS y en sus planteos se destaca el espíritu del viraje del PCA y la interpretación de la *perestroika*: sacudirse las lecturas cristalizadas y escapar del dogmatismo. Para 1987, la crítica se justificaba en el descubrimiento de que "el marxismo-leninismo jamás ha afirmado que con la desaparición de los intereses antagónicos de las clases sociales se eliminarían todas las colisiones de intereses de significado social".[11]

En el caso del PCCh, la crisis comenzó a gestarse durante 1989,

10. "Trabajo y pensamiento libres en un país libre", *Qué pasa,* nº 313, 18 de marzo de 1987.

11. Idem.

producto del cuestionamiento de su estrategia política de tipo insurreccional contra la dictadura. Las críticas a la conducción clandestina también se ligaron a la necesidad de hacer un ajuste de cuentas con los "viejos métodos" definidos como "estalinistas", pero además con la teoría marxista-leninista, cada vez más considerada como anquilosada por los sectores críticos. En efecto, la falta de democracia interna en el PCCh durante la dictadura se acentuó producto de los terribles efectos de la represión. Esto tuvo como consecuencia que las profundas diferencias en la dirección sobre la viabilidad de la vía insurreccional no fueran comunicadas a la militancia. Esta información recién se socializó en 1989, cuando el régimen de Pinochet vivía sus últimos meses. De esta forma, se fue configurando una compleja trama de disputas que se combinaron de diversas maneras: la crítica a la política del PCCh durante la dictadura (considerada "ultra" por los disidentes), la falta de democracia interna y la ortodoxia teórica. En este contexto, el mensaje heterodoxo de la *perestroika* fue utilizado como el fundamento de lo que se denominaría como la "renovación comunista" chilena.

En diciembre de 1988, el PCCh convocó al XV Congreso de la colectividad. El anterior databa de 1969, lo que ponía en evidencia la ausencia de un debate oficial del conjunto de la militancia sobre materias tan relevantes como la derrota de la Unidad Popular en 1973, el giro hacia la política insurreccional en 1980 y una evaluación de la lucha contra la dictadura. Si bien la discusión estuvo enfocada en la coyuntura nacional, la convocatoria al Congreso ligó la realidad local con lo que se denominó como "la profunda renovación que se opera en el mundo socialista".[12] Este debate, que estaba pendiente por años, ocurrió en el marco del fracaso de la perspectiva insurreccional para terminar con la dictadura y la caída del Muro de Berlín, combinación que provocó una profunda crisis existencial en el partido.

En este contexto, el XV Congreso del PCCh se convirtió oficialmente en el de la "renovación" partidaria. La colectividad parecía iniciar su propia *perestroika* a nivel local. El llamado era a "discutirlo todo", luego de largos años de una vida partidaria de "ordeno y mando" y ausencia de una cultura del debate. Al igual que en la URSS y en el PCA, la "renovación" partidaria fue una instigación "desde arriba", que se desbordaría "desde abajo". En el mes de mayo de 1989, de manera paralela al desarrollo del XV Congreso a nivel nacional, el Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz, perteneciente al PCCh, organizó el seminario "Teoría e ideal socialista: crisis de los proyectos históricos". Durante tres días

12. "Para conquistar y profundizar la democracia, unidad y lucha del pueblo hasta vencer. Convocatoria al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile", diciembre de 1988, p. 23.

se desarrolló un intenso debate donde se ligó la crítica al marxismo-leninismo de corte soviético y al estalinismo con la falta de democracia interna en el PCCh. Destacaron por su agudeza crítica las ponencias de Augusto Samaniego y Manuel Fernando Contreras.[13] Ratificando que este discurso era promovido (o al menos tolerado) por la dirección, ambos fueron electos durante el XV Congreso como integrantes del nuevo Comité Central. Posteriormente, en 1990 representaron al sector disidente que buscaba una renovación partidaria que evitara la deriva a la socialdemocracia. Fueron conocidos como los "renovadores" y el ala más identificada con una recepción de la *perestroika* entendida como una cirugía mayor "del alma partidaria", como señalaba Contreras. En ese marco, se editó en junio de 1989 el libro *Crítica y socialismo: Una reflexión desde Chile*, que puede ser considerado la síntesis de la recepción en clave "renovadora" de la teoría, las prácticas y la orgánica partidaria realizada por militantes comunistas aún dentro de la colectividad. Allí se debatió el problema de la crisis del marxismo, la libertad y el socialismo, la relevancia del feminismo y el nuevo papel de los intelectuales, entre otras temáticas.[14]

La tolerancia a estas miradas críticas comenzó a cambiar durante el segundo semestre de 1989, coincidiendo con el abrupto fin de los "socialismos reales" en los países de Europa del Este, lo que se conjugó con los acontecimientos locales. En las elecciones presidenciales de diciembre en Chile se impuso Patricio Aylwin, el candidato de la oposición unida, incluido el PCCh. Sin embargo, la colectividad obtuvo una mala votación parlamentaria, lo que alentó las críticas internas. Ante el nuevo escenario, la pregunta que se abría era si incorporarse o no a la alianza de partidos de centroizquierda, dilema que promovió la disidencia. Esto implicaba abandonar posiciones críticas al proceso de transición, puesto que el nuevo oficialismo estaba disponible para negociar con la derecha, las fuerzas armadas y el gran empresariado. De esta manera, se fue configurando la crisis del PCCh, compuesta por dos esferas interconectadas en el debate: una crisis de la línea del partido y una crisis teórica. Allí se reflejaba una divergencia sobre los alcances y el significado de la "renovación partidaria", puesto que todos los sectores hacían eco del llamado transformador de la *perestroika*.

En contrapunto, el PCA, del mismo modo que el PCUS, trató la caída del muro de Berlín como un problema interno de Alemania e hizo caso omiso de aquello. Mientras la voz oficial del PCA mantenía silencio sobre

13. Las ponencias del seminario del ICAL en *Cuadernos del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz*, n°8, junio de 1989.

14. Varios autores, *Crítica y socialismo: Una reflexión desde Chile*, Ediciones CISPO, 1989, pp. 193-217.

la crisis del Este, abría un lugar en la prensa para la discusión sobre "los males del estalinismo" y cómo revertir sus consecuencias. Fue en la discusión en torno a si el dogmatismo estalinista había arruinado las cosas a tal punto que era necesario realizar transformaciones profundas que comenzó a evidenciarse que las reformas soviéticas no aseguraban la contención de la debacle del mundo socialista. Por su parte, las posiciones sobre los levantamientos nacionalistas en la URSS, el triunfo de la Concertación en Chile, a la que el PCA denunció enérgicamente, la derrota electoral sandinista y rumores de la autodisolución del partido de Argentina (que la dirección negaba sistemáticamente pero que planteaban algunos grupos) ponían en entredicho el optimismo del discurso público del partido.

En el caso de Chile, la prensa partidaria sí cubrió ampliamente las noticias sobre el derrumbe del campo socialista. El tono de las notas dejaba entrever la comprensión del carácter irreversible del proceso de cambios en los socialismos reales y simpatía por el liderazgo de Gorbachov.[15] En este clima, se desarrolló el debate sobre el significado de la renovación. Por un lado, la dirección del PCCh la visualizaba como un proceso de adecuación orgánica, que promoviera la democracia interna, pero sin abandonar los principios del centralismo democrático.[16] En enero de 1990 se realizó un masivo acto con el que el PCCh recuperó su legalidad de hecho. Gladys Marín, que había encabezado la dirección interior de la colectividad desde 1978, estableció en su discurso los límites de la renovación comunista:

> Hacemos nuestro el espíritu de la perestroika y la celebramos antes que nada como una urgencia y creación de ese pueblo y de ese partido, pero no vemos en ella un nuevo modelo. Nadie tiene la verdad ni elaboración perfecta… Estamos con la renovación que se encamine al fortalecimiento del socialismo y de las posiciones revolucionarias.[17]

Por su parte, en esos días, el nuevo Secretario General Volodia Teitelboim ratificaba el apoyo del PCCh a la *perestroika*, el rechazo del estalinismo y la necesidad de pensar el socialismo y la democracia como parte

---

15. Carlos Ossa, "Del cambio político al socialismo de mercado", *Pluma y Pincel*, 23 de noviembre de 1989, p. 29-31.

16. "Informe central al 8° Congreso Nacional Juventudes Comunistas de Chile, octubre de 1989", pp. 13-14.

17. "Por las grandes alamedas, viva la gente. Intervenciones de Volodia Teitelboim y Gladys Marín en los actos de celebración del 68 aniversario del Partido Comunista de Chile", *El Siglo*, n° 2, 1990, p. 35.

de un mismo proyecto para Chile.[18] En el fondo, la renovación pregonada por la directiva del PCCh era visualizada como un fenómeno cuyo fin era recargar ideas y fuerzas en la lucha por el socialismo, mirada que coincidía con la que se tenía hacia la *perestroika*.[19] Por eso, incluso en el momento más crítico y público de la crisis interna, Teitelboim seguía afirmando que creía "en la perestroika del PC chileno".[20]

Por su parte, los sectores disidentes compartían que la *perestroika* y el desmoronamiento del socialismo formaban parte de una crisis de fondo del proyecto comunista del siglo XX. Sindicado como el líder de los "renovadores de izquierda", Manuel Fernando Contreras definía la renovación como un proceso estructural del ideario comunista, que implicaba cuatro dimensiones: la política partidaria, el tipo de socialismo para Chile, el tipo de partido y la crisis de la teoría marxista (Contreras, 1990a). Pocos meses después, coincidiendo con otros sectores de la disidencia, concluía que era inviable la existencia de un "partido comunista" en Chile, y proponía la refundación de la colectividad, tal como estaba ocurriendo en otros países, y así dar paso a un nuevo partido (Contreras, 1990b). Mientras tanto, una vez desencadenada la crisis del PCCh de manera pública, el eje de la discusión se centró en el supuesto carácter estalinista de la conducción encabezada por Volodia Teitelboim, por seguir planteando la vigencia del socialismo y su intolerancia a las miradas divergentes dentro de la colectividad.

En ambos partidos este debate se dio con una amplia exposición mediática en la prensa de derecha. Los sectores disidentes del PCCh, algunos integrantes del nuevo oficialismo de centroizquierda y la derecha chilena coincidieron en un diagnóstico: el comunismo era expresión del más rancio estalinismo, antidemocrático (por su crítica a la transición pactada) y ultrista (por haber promovido formas armadas de lucha contra la dictadura). El conflicto interno del PCCh de 1990 significó la renuncia a la colectividad de una gran cantidad de militantes, algunos de los cuales tenían alto perfil público en el mundo social y cultural. Asimismo, otro segmento, seguramente el más numeroso, dejó silenciosamente la colectividad, desmoralizado por el tipo de salida de la dictadura, por las rencillas internas y el agotamiento de la militancia clandestina.[21]

---

18. Ibid, pp. 5 y ss.

19. "Apoyamos la renovación que haga avanzar el socialismo", *El Siglo*, 5 de febrero de 1990, p. 10.

20. "En el clímax de la crisis", *El Mercurio*, 19 de agosto de 1990.

21. "La agonía del comunismo", *La Nación*, 9 de julio de 1990; "En áspera polémica sobre el futuro del PC se trenzaron Arriagada y Scherping", *La Época*, 11 de agosto de 1990, p, 10; "Desintegración del PC es difícil de revertir", *La Nación*, 11 de agosto de 1990; "Es sano que el PC desaparezca", *La Nación*, 12 de agosto de 1990.

En el caso argentino, también fue un momento de diáspora: los sectores disidente se alejaban decepcionados de las limitaciones del PCA para realizar transformaciones profundas y se mantuvieron en la amplia mayoría de los casos lejos del nuevo gobierno de corte neoliberal de Carlos Menem. Si bien entre 1987 y 1989 el PCA atendió a las transformaciones de la URSS para engrosar los argumentos en la tramitación de su propia crisis, hasta 1989 la continuidad del proceso soviético no estuvo en tela de juicio y la orientación fue que con la desestalinización se producirían mejores condiciones a uno y otro lado del mundo. En ese sentido puede hipotetizarse que la crítica al estalinismo en el PCA tuvo más fuerza en estos años que con el XX Congreso del PCUS (1956), porque la *perestroika* convivió con una crisis interna sin precedentes: para 1989, el PCA se encontraba incurriendo en una importante y tormentosa transformación interna. En abril, Patricio Echegaray, la principal figura del viraje y representante de la juventud, asumiría el lugar de Secretario General con un frente interno complejo: la disidencia al interior de los partidarios del viraje.

El año 1990 comenzó en el PCA con el florecimiento de documentos de dirigentes intermedios que cuestionaban a la dirección del partido forzándola a reconocer que en el propio Comité Central había diferentes líneas de opinión, lo cual se plasmó en la elaboración de tres documentos preparatorios diferentes para el XVII Congreso que se realizaría al año siguiente. Meses después, varios grupos enviaron cartas de renuncia. Allí apelaban en todos los casos al XVI Congreso como un valioso proyecto que la dirección había hecho naufragar por persistir en sus prácticas autoritarias. El agotamiento de las expectativas entre 1989 y 1991 cuestionaba el secretismo partidario sobre una crisis más profunda y de más largo aliento que la dirección trataba de ocultar. La mayoría de los disidentes fueron estableciendo una crítica dirigida a una "metodología dogmática idealista" que pisoteaba los principios proyectados con el viraje.[22] En el marco de la *perestroika*, la crisis significó un desencantamiento no con el socialismo, sino con las lógicas de participación en la vida partidaria. La diáspora se estableció como una reivindicación al congreso del viraje y una denuncia a la incapacidad de la dirección para democratizar el partido. Puede comprenderse que la mirada sobre el proceso de la *perestroika* tuvo un importante impacto en este sentido, sin embargo la disidencia centró su crítica sobre la dirección local por burocrática y no al socialismo como horizonte.

Hacia mediados de 1990, a pocos días de un nuevo congreso del PCUS, el PCA atendió los debates en torno a la economía política sobre

22. Francisco Álvarez, Marcelo Arbit *et al.*, "Para luchar mejor nos vamos del PC", 12 de noviembre de 1990.

la liberalización del mercado y la producción. Contra las voces más conservadoras, el PCA se inclinó por los reformistas soviéticos. Un caso ejemplar es la posición sobre las discusiones impulsadas por Yegor Ligachov que, si en un principio pertenecía al círculo reformista, luego se distanció de Gorbachov. Aquel miembro del politburó esgrimía que "no hay nada nuevo que proponga la propiedad privada" y esgrimía que aquellos que abogaban por el libre mercado "nos empujan invariablemente hacia atrás, hacia la apropiación por particulares de los resultados del trabajo de otros y su explotación".[23] Ricardo Randi, corresponsal del PCA en Moscú, se posicionaba críticamente con consideraciones que poco tiempo atrás hubiesen sido sancionadas y acusaba a Ligachov de una severa omisión: que el sistema económico soviético, "Stalin y Brezhnev mediante", era un sistema monopólico donde el poder concentrado en el Estado cercenaba la iniciativa de los trabajadores y producía "parasitismo social" y privilegios de los jerárquicos del partido. Randi promovía la lectura de que Gorbachov estaba en el centro frente a una "derecha conservadora" que representaba "lo viejo" e impulsando y acompañando el proyecto de una supuesta "izquierda", en el que convergían diferentes corrientes de opinión que comulgaban en la lucha contra los privilegios y la corrupción de la casta del partido.[24] El PCA denunciaba la sustitución de la *nomenklatura* por la tecnocracia y descubría que en los soviets no había obreros ni campesinos, sino burócratas.

Hubo que esperar hasta septiembre de 1990 para que oficialmente el comunismo argentino reconociera que las esperanzas arrojadas sobre la *perestroika* se derrumbaban. Recién entonces el analista del PCA, Hugo Firpo, hablaba de "incertidumbre", "indignación" y "dolor" para consignar el crecimiento de "corrientes procapitalistas" en la URSS.[25] El horizonte de la esperanza comenzaba a reducirse y el imperialismo norteamericano, declarado enemigo principal, estaba socavando lo que quedaba de la experiencia bolchevique con su arma prodigiosa: el mercado. El PCA resolvió que, como Gorbachov caracterizaba al imperialismo como socio y no como enemigo, la diferencia era irreconciliable. Para marzo de 1991 caracterizaba que la *perestroika* era una "una extraña película de larga duración y gran suspenso"[26] que había promovido la "restauración del sistema de explotación privada del trabajo humano"[27] por burócratas devenidos en empresarios, auspiciados por el capital transnacional.

---

23. "La soga del mercado", *Nuestra propuesta*, n° 47, 28 de septiembre de 1990.

24. Idem.

25. Idem.

26. "Sí a la unidad nacional", *Nuestra propuesta*, n° 70, 21 de marzo de 1991.

27. Idem.

El golpe final: "todavía tenemos Cuba"

Durante 1991, a pesar del evidente desmoronamiento de la URSS, el PCCh siguió respaldando a la *perestroika* y a Gorbachov. Guillermo Teillier, miembro clandestino de la conducción del PCCh, publicó pocos meses antes del colapso final que la debacle de esa nación no era responsabilidad de la *perestroika*, sino del legado estalinista. Su planteamiento era que el proceso de reestructuración promovido por Gorbachov había comenzado demasiado tarde.[28]

Incluso a semanas del fin de la URSS, la dirección del PCCh no se opuso a la *perestroika*. A comienzos de agosto se conoció la propuesta de Gorbachov en el sentido de que el PCUS debía abandonar el marxismo-leninismo como matriz teórica. El marxismo, se decía, sería solo una de las fuentes del socialismo democrático.[29] En Chile, la derecha conminó al partido local a hacer lo mismo. Para sorpresa de muchos, la respuesta fue que, en la nueva propuesta de estatutos de la colectividad de marzo de 1991, se había eliminado la palabra "marxismo-leninismo", siendo sustituida por la alusión a Marx, Lenin y Engels "y otros pensadores marxistas y progresistas…" y la adhesión a la declaración universal de los derechos humanos, económicos y sociales.[30]

A pesar de que el apoyo del PCCh a la *perestroika* fue constante, la coyuntura del colapso final de la URSS representó en Chile un momento muy álgido de expresiones críticas contra el comunismo local. Al conocerse la noticia del golpe de estado de Guenadi Yanayev contra Gorbachov, el PCCh no apoyó al destituido líder soviético, aunque tampoco a las nuevas autoridades. Por el contrario, reiteraron su respaldo a un proceso de *perestroika* que hubiese preservado el rumbo socialista.[31] La importancia que asignaron al fin de la URSS, quedó de manifiesto en una reunión especial del Comité Central y un acto público para dar a conocer la posición de la colectividad. Esta fue la manera de responder al enardecido coro que, de izquierda a derecha, criticó al PCCh por su postura de no apoyar a Boris Yeltsin, el héroe oficial de esos días. Nuevamente irrumpieron las voces que preveían el fin del PCCh, considerado brutalmente ortodoxo y estalinista. Otros, montados en la marea alta

---

28. Sebastián Larraín (Guillermo Teillier), "Qué pasa en la URSS", *Pluma y Pincel*, 1° de julio de 1991, p. 37.

29. "¿Hacia dónde van los cambios de Gorbachov?, *El Siglo*, 4 de agosto de 1991, p. 4.

30. Volodia Teitelboim, "La proposición de los estatutos", *El Siglo*, 11 de agosto de 1991, p. 5.

31. "Una posición de principios", *El Siglo*, 28 de agosto de 1991, p. 5

del anticomunismo del momento, proponían que, al igual que en Rusia, el PCCh debía autodisolverse.[32]

En el informe al Comité Central que discutió sobre la coyuntura generada por el fin de la URSS, el PCCh ratificó su apoyo a la *perestroika* y rechazó el camino que comenzaba a tomar Boris Yeltsin. También reivindicó su propio proceso de transformación ideológica, acorde a la realidad chilena y latinoamericana y sin renunciar al horizonte anticapitalista (Álvarez, 2019). El sentido común creado en torno a la idea de un partido que representaba pura ortodoxia impidió a analistas y dirigentes políticos reconocer el largo camino de renovación partidaria emprendido por los comunistas chilenos, proceso que tuvo entre sus principales impulsores a la *perestroika*.

Por su parte, el PCA hizo el duelo antes del entierro. El 20 de agosto de 1991 el Comité Central debatió cabalmente en torno a la crisis de la URSS y la pregunta por la identidad del comunismo y el futuro socialista condujeron radicalmente la mirada hacia Latinoamérica y particularmente a Cuba, siguiendo la tendencia del viraje (Bona, 2022). Se trataba de un contexto complejo en el que la vieja guardia del PCUS había excluido a Gorbachov del círculo de poder y lo había encarcelado en Crimea. Patricio Echegaray sintetizó la posición en tres apreciaciones: en primer lugar, oponerse al golpe por tratarse de un intento de restauración del modelo soviético y sus formas de conducción autoritaria y burocrática. En segundo lugar, rechazar el retroceso que entonces suponía la restauración capitalista, pero, a diferencia del PCCh, considerando que la *perestroika* había derivado en esa dirección. El tercer punto daba cuenta de una nueva forma política en el partido. El Secretario General sostenía que "no hay ninguna posibilidad de abrir un proceso de superación de los problemas del socialismo [...] sobre la base de acciones de cúpula [...] Nosotros creemos que una estrategia de recreación del socialismo tiene leyes inviolables que son las del protagonismo de las masas."[33]

Echegaray explicaba que el apoyo a la *perestroika* en 1986 se fundaba en la aceptación de la crítica a la burocratización, los errores "teóricos y políticos del estalinismo". Sin embargo, cinco años después, a diferencia del caso chileno, se reconocía que se habían desplegado "ideas de derecha [...] bajo el enfoque de la llamada nueva mentalidad".[34]

A la semana, con la proscripción del PCUS, la expropiación de sus bienes y la clausura de su prensa, el PCA se orientaba radicalmente

---

32. Luis Guastavino, "PC debe disolverse o reestructurarse", *El Mercurio*, 28 de agosto de 1991. Declaraciones en ese tono en "Sucesos en la URSS han conmocionado a los comunistas", *El Mercurio*, 25 de agosto de 1991.

33. Patricio Echegaray, Resoluciones del Comité Central del 20 de agosto de 1991.

34. "Situación en la URSS", *Nuestra propuesta*, n° 92, 22 de agosto de 1991.

de espaldas a la URSS. Entendía que se preparaba el terreno para "el regreso del capitalismo [mediante] un conjunto de medidas que se dan de patadas con la proclamada democracia y libertad".[35] Los hechos para el comunismo argentino estaban consumados y la dirección buscó la forma de consolidar las expectativas con miras a América Latina que habían sostenido desde mediados de la década anterior.

El PCA se preocupó también por señalar que la reconversión capitalista imponía peores condiciones de vida a los pueblos del Este y de la URSS en el plano del bienestar social que daba vigencia al socialismo: a la vez que reconocía que la URSS no realizaba su tarea histórica, denunciaba que el capitalismo no era una solución para las limitaciones soviéticas. El desplome era un llamado a la reflexión sobre la agencia humana y las revoluciones eran interpretadas como procesos desde abajo que se montaban sobre el factor subjetivo; la historia no estaba simplemente regulada por leyes y el PCUS había dejado de ser vanguardia del pueblo para ser un administrador del Estado. El PCA proponía repensar la teoría y consideraba necesario "desarrollar los factores de conciencia y organización, de poder popular, del hombre nuevo como motor de los cambios revolucionarios";[36] la URSS había fallado allí.

Con sus diferencias, la pregunta que se impuso en ambos PC fue si tras el desplome soviético la humanidad renunciaría al objetivo del comunismo.[37] Esta comprendía una crítica al proceso de restauración capitalista, al mismo tiempo que una inédita crítica a la historia del despliegue del socialismo real. El PCA sostuvo una línea de esperanza revolucionaria con las consignas "la revolución es posible" y "la revolución es necesaria". En este contexto, la prensa del PCA adoptó un perfil que daba cuenta de transformaciones globales, pero también nacionales y, como el PCCh, incorporó una acentuada preocupación sobre América Latina, el feminismo, la educación popular y dio un tratamiento especial a la desocupación y el trabajo informal. Suplementos, cuadernos y referencias a El Salvador y demás países de América latina se multiplicaron y las relaciones ensayadas desde mediados de los 80 (Ponce, 2017; Bona, 2022) se estrecharon. *Izquierda, democracia y renovación* fueron nociones articuladas con la de *tercer mundo* en medio de una crisis interna terminal.

Fidel Castro emergió como reserva moral frente a quienes querían "hacer trizas hasta las estatuas de Lenin".[38] El desafío de los países que integraban ese *tercer mundo* era el refuerzo de la amenaza norteameri-

35. "El desafío Revolucionario", Comité Central del PCA, 29 de agosto de 1991.

36. Idem.

37. Idem.

38. Idem.

cana. Tras la disolución del Pacto de Varsovia, la paz con la hegemonía de la OTAN presentaba una importante diferencia con la coexistencia pacífica en cuanto a los equilibrios de poder. Esto gatilló en ambos partidos nuevas estrategias de adaptación y confrontación a las transformaciones estructurales que, a la larga, resultaron en muy disímiles caminos y resultados que puedan evidenciarse hasta el presente.

Conclusiones

Este artículo propuso revisar cómo el PCA y el PCCh tramitaron las transformaciones soviéticas en su etapa final. Sostuvimos que, con diferentes temporalidades, la *perestroika* constituyó tres fases en estos partidos. Una automática y acrítica que no dimensionaba los profundos cambios que se proyectaban; otra de esperanza por la democracia y el socialismo que supuso cuestionamientos locales a las dinámicas de organización y los postulados teóricos y políticos. Por último, una tercera, de decepción cuando se evidenciaron los resultados degenerativos.

Sostuvimos que la recepción más activa se produjo articulada con las crisis internas de cada partido desde 1987 y 1989, respectivamente. En ese contexto, el PCA se nutrió de argumentos para desechar a los sectores disidentes; asimismo, buscó emparentar a su XVI Congreso con las ideas de *más socialismo y más democracia* provenientes de la URSS. En el caso del PCCh, el año 1989 fue clave para encauzar la crítica a los viejos métodos y la falta de discusión que se habían profundizado por las duras condiciones de clandestinidad que había impuesto la dictadura; sin embargo, más adelante, la *perestroika* fue utilizada por los sectores socialdemócratas que abandonaban el partido para atacarlo. En ambos casos, pese a los ánimos renovadores, las disidencias no dejaron de señalar el dogmatismo y autoritarismo como las principales causas de lo que consideraban el fracaso de los PC. Por este motivo, la *perestroika* se convirtió en una herramienta fundamental para intentar legitimar lo que cada sector consideraba el "verdadero" significado de la renovación comunista.

Cuando los socialismos del Este y la URSS presentaron signos de una crisis terminal, el PCA retiró su apoyo a la *perestroika*, pero el PCCh no. Sin embargo, ambos hicieron hincapié en un proceso de transformación acorde a sus realidades nacionales, sin abandonar la identidad comunista y lidiando con las propuestas de disolución intramuros y extramuros. Tras el golpe contra Gorbachov, la lectura de los chilenos apuntaba a defender ya no al líder sino al proceso de democratización y transparencia. En el caso argentino, las esperanzas se recostaron en las masas soviéticas y el factor subjetivo.

En particular, el rechazo final a la *perestroika* por parte del PCA se

relacionó con la necesidad de reafirmar sus posiciones dentro del campo de las izquierdas, en un contexto nacional que se encontraba en retroceso y orientó sus expectativas hacia lo que denominó *tercer mundo*, profundizando una tendencia que había enunciado años atrás. Asimismo, las expectativas sobre la democratización y la desestalinización trasmutaron en una severa crítica a la *perestroika* que fue evaluada por sus resultados como parte de un proceso de restauración del capitalismo en la URSS. Por lo tanto, aunque el comunismo argentino había reconocido en la coyuntura del XVI Congreso la necesidad de revisar las lógicas del "ordeno y mando", el desplome del PCUS y su propia crisis, trastocaron la lectura sobre las reformas de Gorbachov.

Mientras tanto, el PCCh evaluó negativamente la aplicación y los resultados prácticos del proceso iniciado por la *perestroika*, pero no renegó de su enfoque democratizador, tanto de la sociedad como de la vida interna de los PC. Esto se asoció a una coyuntura nacional marcada por el retorno a la democracia en Chile tras la dictadura, logro del cual el PCCh se sentía parte importante. Así, pese a las críticas de sus adversarios y de la disidencia, el PCCh inició en estos años su propio proceso de renovación política e ideológica, en abierta disputa con sectores que asimilaban la *perestroika* con derivar a posturas socialdemócratas y liberales. Hacia fines de la década de 1990, en función de la candidatura presidencial de su líder Gladys Marín, el PCCh realizó un ajuste de cuentas con el seguidismo y el apego a la ortodoxia soviética. Con todo, esto no significó renunciar a su identidad comunista y partidaria del socialismo.

En definitiva, esta investigación se propuso comparar las recepciones de la *perestroika* en los PC de Chile y Argentina y demostró el fuerte carácter transnacional de cultura comunista así como un importante grado de condicionamiento por las realidades nacionales. Hemos constatado que el ocaso del socialismo real supuso una revisión de los programas y las estrategias que se articulaba con los cambios estructurales que se estaban sucediendo en el mundo y en cada país y que, aun cuando los PC no abandonaron sus expectativas de transformar profundamente la sociedad, vieron conmovidas sus concepciones del socialismo y sus estrategias. Por otra parte, los resultados de la investigación producen nuevas preguntas para avanzar sobre significativas vacancias historiográficas y convocan a ampliar nuestra agenda de trabajo. En ese sentido, este artículo arroja claves para futuras investigaciones sobre la recepción de las políticas soviéticas en los PC latinoamericanos, no sólo ampliando los casos a comparar, sino también apostando a la exploración de sus conexiones mediante la incorporación de otras metodologías de transnacionalización.

Bibliografía

Álvarez, R. (2019). *Hijas e hijos de la Rebelión. Una historia política y social del Partido Comunista de Chile en postdictadura (1990-2000).* Lom Ediciones.

Álvarez, R. (2020). La desestalinización en las Juventudes Comunistas de Chile y la construcción de una cultura juvenil alternativa (1956-1964). *Cuadernos de Historia*, 53, 25-58.

Álvarez, R. (2024). *Años decisivos. Las Juventudes Comunistas de Chile en dictadura (1980-1991).* América en Movimiento.

Agosti, A. (2019). Parallel Destinies: The Italian Communist Party and Perestroika. En F. Di Palma (ed.) (2019). *Perestroika and the Party. National and Transnational Perspectives on European Communist Parties in the Era of Soviet Reform* (pp. 179-201). Berghahn Books.

Andolfatto, D. (2019). I Felt as If I Were Faced with a French Honecker: The French Communist Party Confronted with a World Falling Apart (1985–1991). En F. Di Palma (ed.) (2019). *Perestroika and the Party. National and Transnational Perspectives on European Communist Parties in the Era of Soviet Reform* (pp. 202-215). Berghahn Books.

Bernecker, W. (2019). The Spanish Communist Party and Perestroika. En F. Di Palma (ed.) (2019). *Perestroika and the Party. National and Transnational Perspectives on European Communist Parties in the Era of Soviet Reform* (pp. 298-322). Berghahn Books.

Bona, V. (2022). De Argentina a Nicaragua en super-8. Memoria, heroísmo y género en la militancia comunista de los ochenta. *Historia Regional,* 48, 1-12.

Bona, V. (2024a). "Democrático y nacional": los posicionamientos del Partido Comunista de la Argentina en la coyuntura transicional (1981-1983). *Archivos del Movimiento Obrero y la Izquierda*, XII, 24, 91-112.

Bona, V. (2024b). Una campaña "para los trabajadores, las mujeres y la juventud". El Partido Comunista frente las elecciones de 1983 en Argentina. *Revista de História*, 183, 1-31.

Bona, V. y R. López (2020). Los desafíos del Frente del Pueblo. Izquierda y peronismo en la transición democrática argentina. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 24 (2).

Bona, V. y R. López (2022). Aportes para el estudio de las izquierdas argentinas de los 80 en clave transnacional. Los casos del Partido Comunista y el Movimiento al Socialismo. *Izquierdas*, 51, 1-21.

Casola, N. (2019). Cuando se quebró el muro. Algunas notas acerca de la crisis en el Partido Comunista argentino durante los años 1980. *Izquierdas,* 49.

Contreras, M.F. (1990a). La renovación del PC de Chile. En AA.VV., *Crisis y renovación.* Medusa-ICAL.

Contreras, M.F. (1990b). El renacimiento. En AA.VV., *La crisis del Partido Comunista. Una reflexión necesaria.* Nexo.

Di Palma, F. (2019). Perestroika: The Demise of the Communist World? En

F. Di Palma (ed.) (2019). *Perestroika and the Party. National and Transnational Perspectives on European Communist Parties in the Era of Soviet Reform* (pp. 1-23). Berghahn Books.

Eley, G. (2002). *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Crítica.

Kotkin, S. (2001). *Armageddon Averted. The Soviet Collapse, 1970–2000.* Oxford University Press,

Labarca, E. (1972). *Corvalán 27 horas. El PC chileno por fuera y por dentro*, Quimantú.

Ponce, J. (2017). El internacionalismo latinoamericanista del PC chileno en el mundo postsoviético (1988-1994). *Páginas*, 20, 80-101.

Pons, S. (2014). *The Global Revolution. A History of International Communism 1917-1991*. Oxford University Press.

Priestland, D. (2010). *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*. Crítica.

Riquelme, A. (2009). *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. DIBAM.

Rivera, F. (2008). Las lecciones de la historia: El Partido Comunista de Chile y la desintegración de la Unión Soviética. En R. Álvarez *et al.* (2008), *Fragmentos de una historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX*. ICAL.

Wolikow, S. (2000). Aux origines de la galaxia communiste: L'Internationale. En M. Dreyfus *et al.*, *Le siécle des communismes* (pp. 293-319). Editions de l'Atelier-Editions Ouvrieres.

Zubok, V. (2008). *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*. Crítica.